

Conoce tu fe: Sobre el contenido del libro

Dr. Justo L. González



Gordon-Conwell Theological Seminary
South Hamilton, MA
October 27, 2018

Conoce tu fe: Sobre el contenido del libro

Hace un rato hablábamos sobre el origen del libro *Conoce tu fe*, pero sobre todo del proyecto y el proceso que le dieron origen. Ahora quisiera decir algo acerca del libro mismo y de su contenido, Naturalmente, no es posible decir aquí todo lo que el libro dice, ¡pues en ese caso el libro no sería necesario! Pero lo que sí se puede hacer y espero hacer es darles una visión del carácter del libro mismo y de su posible uso.

Bien puede decirse que el fundamento de todo el libro está en las palabras de Anselmo de Canterbury, quien hace unos 950 años escribió: “No pretendo, Señor, alcanzar tus sublimes alturas, pues mi mente no es nada cuando la comparo con ellas. Pero sí quiero en alguna medida entender tu verdad, esa verdad que mi corazón cree y ama. No pretendo entender para creer, sino que creo para entender”.

Lo que Anselmo está diciendo con esas palabras es la experiencia de la inmensa mayoría de los cristianos a través de las edades. La experiencia de la mayoría de nosotros y nosotras, así como de nuestros antepasados en la fe, no es que hayamos llegado a la fe porque alguien nos convenciera con fuertes argumentos lógicos o filosóficos, sino que llegamos a la fe sencillamente porque llegamos. De alguna manera que no entendemos, el Espíritu Santo nos llevó a la fe. Ciertamente, en muchos casos antes de que el Espíritu lo hiciera, hubo quienes mediante argumentos lógicos fueron abriendo el camino y derribando obstáculos y objeciones.

Pero en última instancia la fe nunca viene por el mero entender, sino que viene por el Espíritu. Como Pablo bien dice, “nadie puede exclamar: ‘Jesús es el Señor’ sino por el Espíritu Santo” (1 Co 12.3). Luego, el propósito de este libro no es convencer a nadie a creer. Quizá sirva para derribar algún obstáculo que alguien encuentre en el camino a la fe; pero en fin de cuentas el llevarle a la fe misma tiene que ser obra del Espíritu Santo.

Pero eso no quiere decir que el entendimiento no sea necesario. Cuando al Señor Jesús le preguntaron cuál era el más grande de los mandamientos, dijo que es el mandamiento de amar a Dios. Y ese mandamiento incluye amarle con toda la mente. Frecuentemente pensamos que el amar es solamente cuestión de las emociones o del corazón. Pero hasta en el amor humano sabemos que tal no es el caso. Si alguien le dice a otra persona: “Te quiero, pero no me interesa mucho saber más de quién eres, ni de cómo eres, ni de lo que haces o lo que piensas, sino que me basta con sentir tu presencia”, tendríamos sobradas razones para poner en duda el amor que se profesa. Y lo mismo podemos decir de los creyentes. Si decimos que amamos a Dios, pero eso se limita sencillamente a sentir su presencia y alabarle, ese amor no es completo, pues no incluye lo que la Biblia nos dice acerca de amar a Dios con toda la mente.

La consecuencia de todo esto es que el libro de que ahora hablamos está dirigido mayormente a cristianos que ya son creyentes. Está dirigido a personas que aman a su Señor, y precisamente porque le aman desean conocerle y entenderle mejor. Tales personas pueden ser conversos recientes que quieren entender algo más de su fe y de las doctrinas que la acompañan. Pueden

ser jóvenes que buscan el camino en la vida y por ello buscan también modos en que su fe se relaciona con la vida cotidiana, con lo que estudian en la universidad, o con lo que ven y leen en los periódicos y las noticias. Pueden ser miembros de la iglesia a largo plazo que han llegado a la conclusión de que les sería bueno saber algo más acerca de las doctrinas esenciales de la fe cristiana. Pueden ser personas que están perplejas ante alguna de esas doctrinas, tales como la Trinidad, la creación o la escatología. En fin, pueden ser cualesquiera cristianos y cristianas que busquen amar a Dios con toda la mente.

Quizá lo que más pueda interesar acerca del carácter de este libro sean dos cosas que en él se subrayan. La primera de ellas es que hay una gran diferencia entre “**creer que**” y “creer en”. A veces usamos esas frases de manera intercambiable, como si quisieran decir lo mismo. Así, por ejemplo, le preguntamos a alguien: “¿Crees en Dios?” Lo que queremos decir con eso es si esa persona cree que Dios existe. Pero el creer **que** Dios existe no es lo mismo que creer **en** Dios. Las Escrituras mismas dicen que los demonios saben de Dios. Creen **que** Dios existe. Pero no creen **en** Dios en el sentido de confiar en él.

Cuando decimos “creo **en** Dios”, lo que estamos diciendo no es solamente que creemos **que** Dios existe, sino también que sabemos que toda nuestra vida está **en** manos de Dios. Si un hijo dice que cree en su madre, lo que quiere decir no es que cree que la madre existe, sino más bien que confía en ella, que lo que la madre le dice es confiable. De manera semejante, **creer en** Dios no consiste solamente en saber que Dios existe, sino más bien en confiar en él en toda

nuestra vida, lo cual incluye lo que creemos.

Naturalmente, para **creer en** también hay que **creer que**. Si ese hijo no cree que su madre existe, ciertamente no puede creer en ella. Pero de poco le sirve a ese mismo hijo saber que su madre existe si no puede confiar en ella. Lo que es más, si sabe que la madre existe pero no puede confiar en ella nos encontramos ante una situación triste pero trágicamente común.

Ya que estamos en tiempos cercanos al próximo aniversario del comienzo de la Reforma protestante el día 31 de este mes, bien podemos referirnos a Lutero. Lutero siempre creyó que Dios existía. Pero puesto que veía en ese Dios un juez severo que demandaba hasta la última gota de sangre, no podía amarle ni confiar en él. Tan grande era su angustia que llegó a decir que no podía amar a Dios, sino que más bien le odiaba. Fue precisamente al descubrir lo que ahora llamamos la justificación por la gracia que Lutero pudo verdaderamente declarar que amaba a Dios – es decir, usando nuestra fraseología, que ya no solamente creía **que** Dios existía, sino que también creía **en** ese Dios, que toda su vida podía fundamentarse en ese Dios.

Quizá esa sea una de las principales razones por las que el ateísmo resulta tan atractivo para algunas personas. Si no hay Dios, no se nos hace tan duro el no amarle, y no tenemos por qué servirle. Es como el caso del hijo que sabe que no puede creer en su madre. Ese conocimiento se vuelve más trágico y doloroso porque sabe que la madre existe, pero que no se ocupa de él. De manera semejante, es mejor no creer que haya tal cosa como un Dios que creer que lo haya

y no saber que nos ama. Y, de igual manera que el hijo que quiere desobedecer a su madre no confía en ella, muchas veces el ateo lo es porque si hay un Dios tendrá que obedecerle, y no quiere hacer tal cosa. Cuando el salmista ponía en boca del necio las palabras “No hay Dios”, se estaba refiriendo a quienes aparentemente por falta de discernimiento se desvían, corrompen y cometen maldad, devorando al pueblo como si comieran pan. En otras palabras, la necedad del necio no está sencillamente en no creer que Dios exista, sino más bien en no creer porque no le conviene, porque no quiere practicar la justicia, porque si hubiera un Dios tendría que vivir diferentemente.

Esto es importante, porque nuestra fe no se basa en las doctrinas. Nuestra fe no es solamente **que** Dios existe, sino también que es **en** Dios que vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser. Es a esto que se refiere el Credo al decir “Creo en Dios Padre todopoderoso”.

Todo esto nos lleva al segundo tema de interés, que son las doctrinas y su función. Lo que acabamos de afirmar no quiere decir que las doctrinas no sean importantes. Lo que sí quiere decir es que debemos entender su función correctamente. Para entender esa función de las doctrinas, en el libro mismo se emplea una imagen fundamental.

Esa imagen es la siguiente: Imaginemos que vivimos todos en una alta meseta de tierras fértiles y clima agradable, donde hay abundante comida para todos. Pero esa meseta se encuentra rodeada de precipicios y despeñaderos, algunos de ellos escondidos entre las malezas, y otros

que resultan peligrosos porque hay piedras que se desempeñarán si alguien pisa en ellas.

Dentro de esa meseta nos movemos cómo nos parezca mejor. Algunos prefieren una zona en la meseta y otros otra. Algunos, precisamente porque aman la meseta, se dedican a explorarla, a visitar regiones que antes no conocían. Pero un día, quizá por el amor mismo a la meseta, por querer explorarla más, alguien se acerca demasiado a un precipicio y cae en él. El precipicio no era claramente visible, pues estaba escondido entre las malezas. Pero ahora los habitantes de la meseta construirán una cerca y pondrán una advertencia haciéndole saber a cualquiera persona que se acerque que más allá de esa verja lo que hay es un precipicio. Otro día, quizá años y hasta siglos más tarde, otra persona se acerca en demasía al otro borde la meseta, pisa sobre una piedra suelta, y cae en medio de una avalancha. Una vez más la población de la meseta construirá otra cerca para advertirle a quien pase que más allá de ella hay serios peligros. El propósito de esas cercas no es limitar la libertad de los habitantes de la meseta, sino todo contrario. Sin tales cercas, todos nos veríamos obligados a vivir en el centro mismo de la meseta, y no andar explorando y conociendo más de la meseta misma por temor a los peligros que existen cerca de los bordes. Pero gracias a esas cercas, las generaciones posteriores tienen mayor libertad sabiendo que ya al menos los despeñaderos más temibles están marcados.

Esa es la función de las buenas y más importantes doctrinas de la iglesia. Por ejemplo, hubo quien, inspirado y quizá hasta lleno de admiración por la persona de Jesús, dijo que este Jesús a quien adoramos no era verdaderamente humano, sino que era un ser espiritual que parecía ser

humano. Otros le siguieron y cayeron en el mismo error. En respuesta a eso, la iglesia empezó a afirmar más clara y fuertemente la humanidad de Jesús. Pero algún tiempo más tarde otros, al otro extremo de la meseta precisamente para asegurarse de que no se negara la humanidad de Jesús, empezaron a negar su divinidad. Para ellos Jesucristo era un puro hombre que fue más obediente que los demás y por tanto Dios le declaró hijo suyo. También en ese despeñadero cayeron muchos, y la iglesia empezó a construir otra cerca a ese otro extremo de la meseta. De ese modo, les fue posible a algunos cristianos subrayar más la humanidad de Jesús, siempre que no negaran su divinidad. Y también les fue posible a otros subrayar más la divinidad de Jesús, siempre que no negaran su humanidad. Dentro de esa gran meseta, precisamente porque ya estaban marcadas esas dos amenazas o peligros, los cristianos podían moverse libremente, de igual manera que en una meseta cualquiera uno puede inhibir más a la sombra, o preferir el sol, algunos las aguas y otros los terrenos más secos.

Tristemente, lo que pronto empezó a suceder fue que algunas personas demasiado celosas de la ortodoxia empezaron a construir cercas cada vez más lejos de los precipicios y más cerca de lo que pensaban ser la única postura correcta. Al hacer eso, las cercas se fueron aproximando, y se volvieron no ya advertencias contra el peligro y fuente de libertad, sino todo lo contrario, pues vinieron a ser corrales de los cuales no se puede salir. Y puesto que no todos los cristianos han concordado en tales doctrinas estrechas, el resultado ha sido una serie de corrales diferentes de tal manera que muchas veces ni siquiera nos vemos unos a otros por encima de las cercas.

En cierto modo, esto fue lo que sucedió con los catecismos a que me refería antes. Los catecismos de Lutero, Calvino y los demás reformadores no intentaban decirlo todo ni determinarlo todo. Su propósito era más bien ayudar a los creyentes a entender los puntos esenciales de la fe y a evitar los peligros más serios. Pero después, con el correr de las generaciones y las divisiones por cuestiones cada vez más nimias, fueron surgiendo catecismos que trataban de determinarlo todo, y que se volvieron como camisas de fuerza que no dejaban libertad para el pensamiento ni espacio para las diferencias de opinión. En una palabra, las cercas que antes fueron advertencia liberadora ahora se volvieron corrales opresores.

Por eso en este libro de qué hablamos ahora no hemos tratado de poner todos los puntos sobre las íes, ni tampoco de decidir en los muchos puntos controvertidos entre diversos cristianos, para determinar quién tiene razón y quién no. Lo que hemos tratado de hacer es más bien subrayar las cercas fundamentales a las orillas de los despeñaderos o, lo que debiera ser lo mismo, las doctrinas esenciales que los cristianos hemos creído a través de las edades.

Cada una de esas doctrinas esenciales se discute en un capítulo aparte. Tras una introducción acerca de lo que significa entender la fe, hay capítulos sobre la revelación, la Trinidad, lo que es el ser humano, la nueva creación en Jesucristo, la santificación y el Espíritu Santo, la iglesia como comunidad del Espíritu Santo y cuerpo de Cristo, la escatología, y al fin la vida cristiana. (Entre paréntesis, la vida cristiana se presenta después de la escatología porque el fundamento de la vida cristiana es la esperanza, y ese es el tema fundamental de la escatología.) No me voy

a extender aquí ahora sobre ninguna de esas doctrinas, lo cual tomaría más tiempo del que tenemos. Pero si alguien así lo desea en el tiempo para discusión podemos hablar acerca de las que sean de más interés. Por otra parte, además de esos capítulos sobre las doctrinas que siempre se han considerado básicas, inmediatamente después del capítulo sobre la iglesia y antes de pasar a la escatología siguen dos capítulos, el primero sobre el culto de la iglesia y otro más específicamente sobre el bautismo y la comunión. Se han incluido esos dos capítulos por dos razones principales:

La primera de esas razones es que es necesario subrayar la importancia que tiene el culto en la formación de las doctrinas y en su afirmación. Los estudiosos tanto de la historia de las doctrinas cristianas como de la historia del culto concuerdan en que entre todas las cosas que afectan y les dan forma a las creencias de los fieles la más importante es el culto. Aunque es cierto que lo que creemos se expresa en el culto, también es más cierto todavía que lo que se hace, se dice y se expresa en el culto le da forma a lo que se cree. Para quienes gustan de los latinajos, la frase tradicional es *lex orandi, lex credendi* — es decir, el modo en que se adora determina lo que se cree. Y la contraparte también es cierta: lo que no se incluye en la adoración poco a poco se va olvidando en la creencia.

Un ejemplo típico de esto es la doctrina de la Trinidad — a la cual, como acabo de decir, se dedica un capítulo aparte. Esa doctrina no surgió de que alguien se dedicara a difíciles especulaciones acerca de la relación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Surgió más bien

de la experiencia de los fieles, quienes continuamente adoraban tanto al Padre como al Hijo y al Espíritu Santo. Las fórmulas y explicaciones vinieron después. En cuanto a mi propia experiencia, de mis años mozos nos recuerdo ningún sermón acerca de la Trinidad, aunque supongo que posiblemente escuché muchos. Pero sí recuerdo los himnos que en su propia estructura me enseñaron a adorar a la Trinidad y creer en ella. La mayoría de aquellos himnos tenía cuatro estrofas, una dirigida a cada una de las tres personas, y otra la Trinidad como un todo. Por ejemplo, uno de ellos decía en la primera estrofa “Te loamos, o Dios, con unánime voz”. A esto seguía otra estrofa que empezaba diciendo: “Te loamos Jesús, quien tu trono de luz has dejado por darnos salud de la cruz”. La tercera decía “Te damos loor, santo Consolador”. Y la cuarta empezaba: “Unidos load a la gran Trinidad”. Y además de esos himnos de estructura trinitaria había también doxologías en las que cantábamos palabras tales como “A Dios el Padre celestial, al Hijo nuestro Redentor, y al eternal Consolador unidos todos alabad”, o “Gloria debemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”.

Esa es la primera de las dos razones principales por las cuales se le dedican dos capítulos al culto. La otra es que muchas de nuestras divisiones y malentendidos encuentran su expresión y muchas veces su punto neurálgico en el culto. Esto es particularmente cierto del bautismo y la comunión, y es por eso que le hemos dedicado un capítulo a ese tema.

Todos sabemos la importancia que tienen esos temas en nuestras discusiones entre iglesias y entre creyentes. ¿Cómo se debe practicar el bautismo? ¿Por inmersión, por infusión, o por

aspersión? ¿Debe tener lugar en la iglesia, o en algún río o laguna cercana? ¿Se deben bautizar únicamente los adultos, o también los niños? ¿Cómo se debe celebrar la Santa Cena? ¿Cómo es que Jesucristo está presente en la Cena? ¿Qué quiere decir eso de comer de este pan y beber de este vino indignamente? ¿Debe usarse pan con o sin levadura? ¿Se debe venir al frente y arrodillarse, o quedarse sentado en los escaños? ¿Quiénes pueden participar de la comunión? Estos son algunos de los principales puntos de discordia en cuanto al culto. Y son puntos de discordia que frecuentemente van más allá de las diferencias entre unos y otros y se vuelven motivo de divisiones y contiendas que muchas veces parecen eclipsar el amor que se encuentra al centro mismo del evangelio.

No voy a decirles aquí lo que se dice sobre esos temas en el libro. Si les interesa alguno de esos temas, bien podemos discutirlo en el período de preguntas y respuestas. Pero sí quiero señalar que entre las denominaciones que participaron en su formulación y que los recomiendan y usan hay iglesias que difieren en muchos de estos puntos. Por ejemplo, entre las iglesias que han participado en este proyecto se encuentra la Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo), que no bautiza niños, así como la Iglesia Pentecostal de Jesucristo Misión Internacional, las iglesias bautistas de Puerto Rico, y la Iglesia de Dios Mission Board, ninguna de las cuales tampoco bautiza niños. Y se encuentran también la Iglesia Episcopal, la Iglesia Metodista de Puerto Rico, la Iglesia Evangélica Luterana, y la Iglesia Presbiteriana, que sí los bautizan. Lo que se incluyó en el libro fue discutido y aprobado por todos estos grupos aparentemente tan dispares, pero unidos todos en la necesidad de llevar adelante la misión de la iglesia. Sin entrar en detalles, al

menos puedo indicar que el modo en que esto se ha logrado ha sido subrayando la importancia de la contribución que cada una de nuestras diversas perspectivas le aporta a la iglesia en su totalidad.

Queda todavía otro tema: ¿Qué uso se ha de hacer de este libro? Sus posibles usos son muchos, y vamos recibiendo informes de las distintas personas e iglesias están haciendo con él. Puesto que el propósito fundamental fue siempre darles a nuestros feligreses un entendimiento básico de las doctrinas esenciales de la fe cristiana, siempre que eso se logre el libro se está usando adecuadamente.

Por otra parte, como expliqué antes, el libro surgió como una especie de imitación y aplicación a la situación contemporánea de lo que aconteció mucho antes en la Reforma, cuando los principales reformadores se sintieron llamados a producir una serie de catecismos. Luego, en su uso primario, el libro tiene el propósito de servir de material catequético que las iglesias empleen en la preparación de nuevos miembros y candidatos al bautismo. No tiene el propósito de suplantar los materiales que cada iglesia produce y ha estado empleando por algún tiempo, sino más bien de suplementarlos, de darles una perspectiva más amplia que nos ayude a todos a entender que la Iglesia de Jesucristo es mucho más que la congregación, concilio o denominación a la que cada cual pertenece.

Pero la enseñanza no es solo decir y escuchar, sino también pensar, discutir, aplicar. Por eso al

final de cada capítulo se incluye una serie de temas para reflexionar y discutir. Estos están redactados dirigiéndose principalmente a un grupo de estudio, ya sea de nuevos miembros y candidatos al bautismo o ya sea de miembros antiguos que desean profundizar más en el entendimiento de su fe.

Tenemos noticias de iglesias que están empleándolo principalmente de esas dos maneras. En algunas de ellas, en la preparación para los miembros hay reuniones semanales en las que se discute y estudia cada vez un capítulo diferente del libro. En otras hay grupos de jóvenes o de damas que siguen un procedimiento semejante. Al menos en un caso que yo sepa una iglesia organizó un retiro de varios días que dedicaron al estudio en conjunto del libro. En otro caso, en un solo pueblo, tres iglesias de diferentes denominaciones se reunieron para su estudio, buscando así su fe común por encima de sus diferencias.

En todo caso, es importante que el libro no se tome como la última palabra sobre ninguno de los temas que se discuten, sino que se tome más bien como un ejemplo de aquello a que se refería Anselmo, de tratar de entender la verdad que nuestro corazón cree y ama.

Volviendo entonces a Anselmo, en el escrito que citaba yo anteriormente, Anselmo nos da un ejemplo de lo que es la buena teología. El libro todo está dirigido a Dios como una larga oración. Lo mismo es cierto también, de paso, de esa otra gran obra clásica del cristianismo, las *Confesiones* de San Agustín. Lo que esto quiere decir es que la buena teología es siempre una

conversación con Dios. Es una extensa y profunda oración en la que le pedimos a Dios que nos ayude a entender esa verdad que cree y ama el corazón nuestro.

Dicho de otra manera, aunque al escribir teología o al predicar hablemos de Dios en tercera persona, lo cierto es que nunca se puede verdaderamente hablar de Dios sino en segunda persona. Dios no es un personaje ausente, ni un tema que discutimos, sino que es una presencia aquí en medio nuestro. Cuando escribimos teología, estamos dirigiéndonos no solamente a los lectores, sino también a Dios. Cuando predicamos, estamos hablando en presencia de Dios. Para quienes gustan de cuestiones de gramática, digamos que el nombre de Dios siempre está en vocativo, aun cuando nuestra gramática lo use en el nominativo o el acusativo. Si, por ejemplo, escribo “Dios actúa” lo que en realidad quiero decir es también y sobre todo “Dios, tú estás actuando”. Si decimos, “Esto es para Dios”, lo que en realidad estamos diciendo es “Dios, esto es para ti”. Otro ejemplo está en lo que cantamos frecuentemente, “Dios está aquí”. Pero al decir eso en realidad estamos diciendo también “Dios, tú estás aquí”.

Por tanto, al pasar a nuestra discusión les invito a que lo hagamos sabiendo que toda nuestra conversación es también una oración. Siguiendo entonces el ejemplo de Anselmo, oremos:

No pretendemos, Señor, elevarnos a tu sublime altitud, pues nuestra mente es dada cuando la comparamos con ella. Pero sí queremos en alguna medida entender tu verdad, esa verdad que nuestro corazón cree y ama. No queremos entender para creer, sino que más bien creemos para entender. Danos tú el entendimiento que desees, porque sin ti ningún entendimiento vale mucho. Amén.